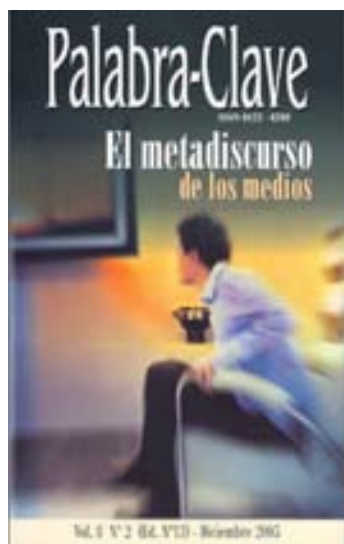




Número 13
Diciembre 2005



Artículo:

Siglo XXI. Hacia una nueva deontología del periodismo deportivo

Autor:

Germán Arango Forero

german.arango@unisabana.edu.co

Universidad de La Sabana
Facultad de Comunicación Social y Periodismo
Campus Universitario, Puente del Común- Chía
Teléfono 8615555 Ext: 1907-1908
A.A:140013 Chía
<http://www.periodismo.edu.co>
Chía, Cundinamarca

Siglo XXI: hacia una nueva deontología del periodismo deportivo

Resumen

El mundo de la información deportiva creció como ningún otro en el periodismo del siglo XX. Difícilmente podamos encontrar una actividad de convocatoria masiva superior a la alcanzada por unos juegos olímpicos o un campeonato mundial de fútbol. El deporte es, en suma, una actividad cultural imprescindible en la sociedad contemporánea. Esta realidad plantea un gran reto para el periodista deportivo del siglo XXI, pues la profundización en el conocimiento de disciplinas de orden científico, humanista y social se hace tan imprescindible como el dominio de los deportes sobre los que informa.

Palabras clave: periodismo deportivo, deontología, violencia.

Abstract

The world of sports information grew at an unmatched rate in the XX century journalism. It is difficult to find any other activity that can call masses together at a scale higher than that reached by the Olympic Games or by a world soccer championship. Sport is, in short, an essential cultural activity in present-day society. Additionally, this reality poses a great challenge to XXI century sports journalists, as in-depth knowledge of scientific, humanistic and social disciplines has come to be as indispensable as the mastery of the sports on which they report.

Key words: sports journalism, deontology, violence.

Germán Arango Forero

Director de estudiantes de la Facultad de Comunicación Social y Periodismo. Comunicador social y periodista de la Universidad de La Sabana. Especialista en Media and Entertainment Management por el Institute for Media and Entertainment de Nueva York. Diplomado en comunicación y periodismo deportivo por la Universidad de La Sabana. Profesor de la asignatura televisión periodística. Ha ejercido durante veinte años el periodismo en medios impresos, radio, televisión e internet con énfasis en información deportiva. Miembro del Círculo de Periodistas de Bogotá y de la Asociación Colombiana de Redactores Deportivos (ACORD).

Correo electrónico: german.arango@unisabana.edu.co

Recibido: 11/10/05
Aceptado: 20/10/05

No podemos entender la historia del hombre sin considerar el gran valor que el juego y el deporte han tenido en el afianzamiento de la cultura. Desde tiempos milenarios, la actividad física ha estado ligada al fenómeno de la evolución, de aquel cazador que desarrolló instrumentos para abreviar su carrera y facilitar la captura de su presa, o de aquel pescador que prolongó sus extremidades para atrapar las más escurridizas criaturas dentro del agua. Desde tiempos remotos, mucho antes de la aparición del lenguaje y las formas primarias de comunicación, el esfuerzo físico fue propósito y fin, recurso y salvación, supervivencia y seguridad, necesidad e inspiración. Pero también esfuerzo y gratificación.

Cuando el establecimiento de la sociedad permitió el desarrollo de la cultura, el ejercicio se convirtió en manifestación de integración y de culto, de honor y grandeza, de disciplina y dedicación, de tributo y reconocimiento social. Entonces apareció el juego como una actividad inherente a la naturaleza misma del ser humano. La competencia permitió la consagración de grandes héroes y las crónicas sobre ganadores y perdedores estuvieron irreductiblemente ligadas a la reseña histórica de la humanidad, como una forma incipiente de lo que hoy podemos entender como periodismo deportivo.

Ocho siglos antes de Cristo, Grecia y sus juegos olímpicos inspiraron relatos sobre las primeras grandes proezas a través del deporte. El tributo a los dioses, en especial a Zeus mediante la exigencia física, fue centro de las competencias más reconocidas en la historia antigua de la humanidad. Las pruebas de carruajes tirados por caballos, los combates cuerpo a cuerpo, los saltos, lanzamientos y las carreras atléticas componían la agenda de las justas desarrolladas durante cinco días y repetidas cada cuatro años hasta cuando fueron prohibidas por el emperador Theodosius.

Dando un salto en la historia tras la búsqueda de la génesis del periodismo deportivo moderno –como especialidad dentro de la agenda informativa de los medios masivos–, nos remontamos al año de 1896 cuando en Atenas, Grecia, se cristalizó el proyecto del educador francés Pierre de Freddi, barón de Coubertin, quien buscó revivir la tradición de los juegos olímpicos de la antigua Grecia como una forma de resaltar las virtudes, la disciplina y la templanza del ser humano mediante la práctica de la actividad física, alrededor de unas competencias internacionales. Para entonces fueron doce los periodistas acreditados para el cubrimiento del certamen, y muchos de los 311 atletas de trece países que al final participaron decidieron hacerlo motivados por la convocatoria hecha por los comunicadores.

Antes del certamen olímpico, hacia mediados del siglo XIX, ya existía un naciente periodismo deportivo a través de registros y relatos sobre carreras de caballos,

peleas de boxeo, combates de esgrima, competencias de ciclismo y desafíos náuticos, entre otros, que fueron consignados en periódicos de la época y que inspiraron incluso la fundación de los primeros diarios especializados en la actividad física.

El comienzo del siglo XX se distinguió por un frenético desarrollo del periodismo deportivo, caracterizado en su lenguaje por la creación de nuevas expresiones lingüísticas (neologismos), nuevas interpretaciones del idioma para explicar y describir circunstancias particulares de la competencia (muchas de ellas tomadas del lenguaje militar), metáforas, símiles, comparaciones y giros idiomáticos que dieron origen a la crónica deportiva, además del empeño por el cultivo de las estadísticas que permitían un seguimiento a la progresión de las marcas deportivas establecidas por los pioneros de las incipientes disciplinas.

Este estilo periodístico, alimentado además por la consolidación industrial y comercial de la radio y la televisión, fácilmente cautivó y orientó a una afición ávida por consumir historias sobre los nuevos héroes, hazañas de campeones que simultáneamente fueron creando una nueva cultura de superioridad y de representación social en los ámbitos local, regional, nacional e internacional, en distintas modalidades que, a la par con el ciclo olímpico, consolidaron sus ciclos y sistemas de competencia.

Deporte, política y terrorismo

Pero muy poco tiempo demoró la actividad física ligada exclusivamente al concepto del juego, o al sistema de competencia donde ganar, perder o empatar eran las únicas posibilidades y las únicas consecuencias del resultado. La creciente convocatoria masiva del deporte comenzó a arrastrar la participación de intereses ajenos al espectáculo. Esta nueva realidad planteó, además, otro desafío para el ejercicio del periodismo en su función analítica, interpretativa y educativa.

El primer factor externo de influencia fue el político, y su primera manifestación tuvo lugar con motivo del segundo mundial de fútbol en 1934. Para entonces, vientos de guerra y radicales aires marciales soplaban en la Italia de Benito Mussolini. Para el *duce* la organización de la copa era prioridad estratégica, el triunfo final de Italia una obligación y la mejor oportunidad de mostrar al mundo el poder del movimiento fascista. Lograr el título era un imperativo que tenía que alcanzarse a cualquier costo. Incluso se permitió que en la orgullosa y nacionalista selección italiana fueran alineadas cuatro figuras argentinas, urgentemente nacionalizadas: Monti, De María, Orsi y Guayta. Es más, dos días antes de la final, el *duce* citó en su despacho al entrenador nacional, Vittorio Pozzo, para advertirle: “que Dios lo ayude, señor Pozzo, si llega a fracasar”. Pero para fortuna del atemorizado estratega, Italia fue campeona y Mussolini festejó la conquista de su primera gran batalla.

El segundo interés ajeno al espectáculo deportivo tuvo lugar apenas dos años después, en los juegos olímpicos de Berlín de 1936, cuando el partido nazista obrero de Adolfo Hitler había consolidado el poder en Alemania, y el pregón de la superioridad de la raza aria por encima del resto de Europa había comenzado a hacer carrera en una sociedad permeada por el penetrante discurso político del *führer*.

En el estadio olímpico de Berlín, Hitler se valió de la competencia deportiva para intentar revalidar frente al mundo la superioridad de sus atletas, aunque el movimiento olímpico siempre ha fundamentado la competencia en la rivalidad entre personas, entre individuos o entre equipos, no entre naciones como equivocadamente se piensa aún hoy.

Técnicos e ingenieros de la incipiente televisión alemana fueron conminados a transmitir en directo las hazañas de los atletas de la proclamada raza superior. Sin embargo, y a diferencia del éxito de Mussolini en el mundial de fútbol, Hitler tuvo que abandonar el estadio olímpico cuando un atleta negro de Estados Unidos, Jesse Owens, se consagró como la gran figura de los juegos al colgarse cuatro medallas de oro en pruebas atléticas de velocidad y salto.

En adelante, el precepto deportivo del baron Pierre de Coubertin nunca más volvió a ser igual. El escenario natural de la rivalidad entre uno y otro para demostrar quién es superior bajo unas reglas de competencia claras, equitativas y justas, se transformó en un complejo sistema de intereses políticos en juego, que encontró en el escenario deportivo la mejor plataforma para revalidar su doctrina.

Para 1972 los juegos olímpicos regresaron a Alemania y también regresaron las tensiones. Aunque ya no solamente de carácter político. Un abortado atentado terrorista planeado contra la selección de Israel en el mundial de fútbol en México, 1970, fue concretado en la villa olímpica de Munich en la madrugada del 5 de septiembre de 1972. Ocho terroristas palestinos ingresaron al tercer piso del edificio 31 de la concentración deportiva y coparon la delegación de Israel. Allí asesinaron a dos atletas, tomaron rehenes a nueve más y exigieron al gobierno de Israel la liberación de 200 prisioneros palestinos.

Ante la negativa, los terroristas exigieron un avión para escapar con los deportistas hacia El Cairo, Egipto. El prometido boeing 727 fue estacionado en un aeropuerto militar, donde comandos alemanes intentaron neutralizar la acción terrorista. El resultado, nueve deportistas más asesinados, cinco terroristas muertos, tres heridos y capturados, más un piloto de helicóptero y un policía alemán muertos.

Dos años más tarde, durante la fase de clasificación para el mundial de fútbol de Alemania, 1974, la Unión Soviética se negó a jugar en el estadio nacional de Santiago frente a Chile, argumentando que el naciente gobierno del dictador Augusto Pinochet había utilizado el escenario deportivo como campo de

concentración para torturar a cientos de simpatizantes del derrocado presidente Salvador Allende.

Deporte, pan y circo

No son pocos los casos de competencias deportivas relacionadas con intereses de gobiernos para “refrescar” sus imágenes y buscar una especie de redención ante la opinión pública. En 1978 la dictadura militar en Argentina se valió del campeonato mundial de fútbol organizado en ese país para mostrar una faceta muy diferente a aquella que hablaba de violaciones de los derechos humanos, torturas y desapariciones de miles de contradictores al régimen.

Argentina terminó alzando la copa y la atención de la mayoría de los medios se centró en la hazaña deportiva alcanzada por el equipo dirigido por un ex opositor al régimen, César Luis Menotti. Pero las desapariciones de los contradictores de la junta militar y las violaciones de los derechos humanos aumentaron, mientras el periodismo deportivo continuaba ebrio de victoria, agotando los calificativos para glorificar lo ocurrido en el terreno de juego. Muy pocos repararon, por ejemplo, en que la selección de Holanda, rival de Argentina en la final, no contó con una de sus máximas figuras, el volante Johann Cruyff, quien se negó a jugar el mundial en protesta por la peligrosa mezcla decretada entre fútbol, política y violencia.

En Colombia el fútbol también ha servido como cortina de humo ante la ocurrencia de situaciones extremas. El miércoles 6 de octubre de 1985, cuando un comando del movimiento guerrillero M-19 tomó por asalto la sede del Palacio de Justicia en Bogotá, la Presidencia de la República declaró de interés público un partido de fútbol por el octogonal final entre Millonarios y Unión Magdalena. El propósito de transmitir en directo el juego por el Canal 3 era distraer la atención de la opinión pública sobre la cuestionada recuperación del Palacio, a sangre y fuego, que el presidente Belisario Betancur había autorizado horas antes.

De vuelta al escenario político internacional, los juegos olímpicos de Moscú (1980) y Los Angeles (1984) sufrieron los rigores del boicot político en el epílogo de la llamada guerra fría. A los primeros renunciaron Estados Unidos y 64 países más, en protesta por la invasión de la Unión Soviética a Afganistán en 1979. A los segundos el bloque soviético reaccionó negando su participación junto con trece naciones más. Sólo hasta Seúl (1988) se volvieron a encontrar las dos grandes potencias deportivas de la época, para dirimir en el escenario de la competencia lo que los sistemas políticos no permitieron durante casi una década.

El ambiente deportivo, enrarecido por la penetración de intereses políticos y terroristas, obligó entonces al periodismo a generar una nueva mirada frente a la compleja naturaleza de los acontecimientos, esto con el fin de crear una visión más analítica, interpretativa y crítica de los hechos. Visión que en escenarios periodísticos como el colombiano todavía no se alcanza a concretar en el desarrollo de nuevos discursos y nuevas propuestas.

Afición y violencia: escenario dramático del fútbol

Las últimas dos décadas del siglo XX resultaron particularmente traumáticas para el difundido y masificado escenario del fútbol, entendido como el deporte de mayor penetración mundial (con la única excepción de Estados Unidos a pesar de la organización del mundial de 1994 en canchas norteamericanas). El estadio, asumido como el escenario deportivo donde aparentemente terminaban todas las presiones externas, terminó cediendo ante una emergente y peligrosa manifestación de rebelión social, gestada en las propias tribunas, donde grupos radicales encontraron el espacio ideal para desatar su furia y materializar las razones de su rechazo y de su falta de tolerancia.

El 29 de mayo de 1985, el estadio Heysel en Bruselas, Bélgica, parecía ser el escenario neutral ideal para que se librara una batalla estrictamente futbolística: Liverpool (Inglaterra) y Juventus (Italia) jugaban un partido definitivo por la continuidad en la liga de campeones de Europa. Pero la batalla por el balón no la resolvieron jugadores como Michel Platini (Juventus) o Ian Rush (Liverpool), sino decenas de furiosos hinchas ingleses que atacaron sin piedad a los seguidores italianos con un resultado trágico de 39 muertos.

Por desgracia, el episodio de Heysel no se convirtió en un hecho único o aislado. Por el contrario, fue el primero de una serie de situaciones trágicas que en los últimos veinte años cobran ya cerca de 500 muertos y más de dos mil heridos. Baste aquí evocar dos de los sucesos más graves:

El 15 de abril de 1989, cerca de dos mil seguidores de Liverpool que no tenían boleta quisieron ingresar por la fuerza al estadio de Hillsborough para ver la semifinal de la copa de Inglaterra entre Liverpool y Nottingham Forest. La avalancha provocó la muerte de 96 aficionados.

El 9 de mayo de 2001, 120 personas murieron y cientos más resultaron heridas en el estadio de Accra, capital de Ghana, África. El partido entre los clásicos rivales, Hearts of Oak y Asante Kotoko, generó disturbios entre los aficionados, quienes trataron de ser neutralizados con gases lacrimógenos por parte de la policía. La medida desencadenó una reacción de pánico entre la multitud.

En Latinoamérica, Argentina, Brasil, Perú, Colombia y México son hoy los países más afectados por este preocupante fenómeno de violencia en los estadios, cuya génesis parece estar definida pero cuyo epílogo infortunadamente parece todavía estar muy lejos. Un entorno enrarecido, lejano infinitamente del propósito deportivo que persigue el fútbol, y para el cual el periodismo deportivo tampoco ha podido encontrar una respuesta clara.

La responsabilidad del periodismo deportivo

En palabras del investigador español Jesús Castañón Rodríguez,

El fútbol profesional ha creado un nuevo marco, donde el periodista ya no es sólo un mero informador sino que tiene que desarrollar funciones de educador, orientador de la información y mediador comercial. Está en el medio de la pasión de los espectadores, la violencia propia del juego, el frenesí comercial y publicitario que intenta sacar rendimientos incitando al consumo y la asimilación de varios hechos que ocurren a la vez, teniendo que seleccionar el más llamativo (Castañón, 2005).

En medio de este complejo escenario cabe preguntarse: ¿qué tanta responsabilidad tienen los periodistas deportivos como directos promotores de esta reciente y peligrosa manifestación de violencia social? No parece haber una respuesta precisa y completa frente a un fenómeno que ha sido enrarecido desde un comienzo por intereses particulares de gobiernos, partidos políticos, grupos terroristas y, por supuesto, complejos sistemas económicos de patrocinio y mercadeo.

El lenguaje belicista empleado en el fútbol, extraído del mundo militar y característico de la actividad periodística, especialmente de la radio deportiva, ha alimentado la pasión de una afición próxima a la catarsis y al desenfreno en las tribunas. En Colombia, entre 1980 y 1989, la sistemática práctica de estas formas comunicativas alimentó incluso la división regional de nuestro fútbol y fueron narradores, comentaristas y analistas quienes propiciaron este clima de oposición e intolerancia, en una década de inmensos intereses económicos particulares en juego y de turbio poder alrededor del espectáculo futbolístico, enrarecido además por la fuerte penetración de dineros del narcotráfico en los clubes profesionales.

Fue en la década de los ochenta cuando el Ministerio de Comunicaciones suspendió licencias a locutores y comentaristas por su extralimitación en el uso del lenguaje. Y los juzgados terminaron resolviendo pugnas personales que se iniciaron al calor de las polémicas de micrófono.

Fue una década que terminó, sin embargo, con el desenlace de tres hechos (1989) que favorecieron el planteamiento de un alto en el camino. Primero, la obtención del título de la Copa Libertadores de América por parte del Atlético Nacional de Medellín (en el estadio El Campín de Bogotá). Segundo, la clasificación al mundial de Italia que le permitió a la selección Colombia regresar a una copa del mundo después de 28 años. Por último, el asesinato en Medellín del árbitro Álvaro Ortega, que provocó la cancelación del campeonato profesional de 1989.

Tres sucesos ocurridos en el lapso de seis meses que obligaron a un replanteamiento de la actividad periodístico-deportiva en nuestro país. Que dispersaron la atención de la polémica eminentemente regionalista y le devolvieron al fútbol un sentido de unidad nacional, tanto para festejar los logros como para plantear las soluciones a los graves problemas. En algo se avanzó, pero no lo suficiente como para erradicar por completo el papel detonante del

periodista frente a la afición en términos de calificaciones, acusaciones, provocaciones y señalamientos.

Otros detonantes del problema

Resultaría no sólo impreciso, sino además incompleto, afirmar que el periodismo deportivo es la primera y única causa del comportamiento violento de los aficionados en las tribunas. Como bien reflexiona Jesús Castañón,

...el salto de las formas de la violencia del campo y los despachos a las gradas, la desinhibición de la gente al actuar en grupo, el presentar las victorias como un elogio del descontrol y las derrotas como un conflicto hacen que la violencia anide entre los espectadores con enfrentamientos entre sí y, sólo en casos excepcionales, contra los otros estamentos del fútbol (Castañón, 2005).

La expresión de violencia en los estadios va incluso más allá de la interpretación particular del ambiente deportivo, convirtiéndose éste más bien en el escenario ideal para desatar comportamientos de protesta, de rechazo social, de anarquía y desafío al establecimiento.

...El panorama es complejo porque, para una parte de aficionados, el fútbol sirve para expresar una identificación, dar sentido a su vida y mejorar su estima hasta el punto de convertirse en algo propio por lo que luchar y de sustituir a la pareja o la familia... Cuando varias formas de agresividad, pasión y violencia actúan a la vez, algunas personas reaccionan en masa y se llega a situaciones de guerra pasional donde todo vale: agresiones a personas y destrozos en los estadios; salvajismo, asesinatos, disturbios y acciones contra los intereses de los jugadores, fuera de los estadios... (Castañón, 2005).

Del resultado de indagaciones hechas por quien esto escribe con líderes de las llamadas barras bravas de los clubes colombianos Millonarios, Santa Fe, Nacional y Deportivo Pereira se infiere que, en este complejo escenario, el periodismo deportivo representa para estos aficionados violentos una de las razones por las cuales protestar, como se protesta contra los dirigentes de los equipos, los árbitros, las barras rivales, las autoridades civiles y, por supuesto, las autoridades de control y represión.

El reto en el nuevo siglo

No significa esto entonces que el periodismo deportivo no cargue con ninguna responsabilidad frente a un tema tan delicado como urgente de resolver. Al fin y al cabo la agresividad verbal forma parte del lenguaje del fútbol y alimenta otras manifestaciones menos tolerantes y más asociadas con la violencia. La obligación, por el contrario, radica en repensar y retomar el papel del periodismo deportivo como informador, educador y orientador de una afición fanática y frenética, que en muchos ámbitos desconoce la complejidad del entorno que rodea la actividad

deportiva contemporánea y reduce su participación en el espectáculo al desenfreno producto de la mera emotividad.

El reto idiomático ante el segundo siglo de deporte moderno exige un conocimiento de la situación general de la comunicación deportiva, la formación de un nuevo profesional y las nuevas estructuras de contenidos. Sin duda, la renovación del idioma español en el deporte requiere: difundir el mejor conocimiento de la lengua española, superar la formación de una lengua imprecisa, de tópicos, de lugares comunes y de fatales definiciones. Se trata de escribir en ella lo mejor que se pueda, cultivarla, precisarla, rehacerla luchando contra la pereza y contando con el apoyo del estudio científico de la lengua desde las universidades.

Pero sin duda una de las claves del lenguaje periodístico del deporte reside en su carácter de lengua en formación con apenas un siglo y medio de existencia. Comparte varios rasgos comunes con el lenguaje periodístico general, como el de lengua de producción colectiva, la concisión, la claridad y el carácter de lenguaje mixto. Sin embargo, presenta una serie de cambios específicos en el sistema de captación del receptor y sobre todo, no cuenta con una lengua coloquial culta (Castañón, 1996).

Conviene reconocer entonces la necesidad de profundizar desde la academia y desde las agremiaciones periodísticas en el mundo de la comunicación deportiva, sin duda un concepto mucho más amplio y acertado que el tradicional ejercicio del periodismo deportivo. Un comunicador deportivo no sólo estará obligado a ejercer una mayor habilidad en el manejo del lenguaje, sino que interpretará de forma más contextualizada el complejo mundo social, político y económico que enmarca la práctica de la cultura deportiva contemporánea.

La profundización en temas de carácter social, político, económico, humanista y científico constituye sin duda hoy la nueva obligación de formación de un comunicador deportivo. Sólo con esta amplitud de panorama será capaz de entender el complejo entramado que se cierne sobre el área de su trabajo y enriquecer la construcción de su discurso frente a una sociedad igualmente urgida de nuevas interpretaciones, orientaciones y análisis.

En palabras de Antonio Alcoba López,

La comunicación deportiva ha pasado de ser una hermana pobre de la información, a ser reclamada por la sociedad, y el periodismo deportivo, aupado (enaltecido) por la expansión del deporte y por los intereses creados a su alrededor, debido a ser una actividad inteligible para todos los seres humanos y abierta a todas las razas, ideologías y religiones, a convertirse en una faceta de la información con personalidad propia (Alcoba, 1993: 22).

En el ámbito colombiano, el reto del nuevo periodismo deportivo del siglo XXI implica, además, replantear la actual agenda informativa, centrada

preferentemente en el registro superficial, el comentario técnico, la polémica y el análisis meramente subjetivo. Esto permitirá enriquecer el panorama actual del lenguaje, caracterizado por la pobreza, la simpleza, la repetición y la falta de profundidad.

El reto consiste también en reflexionar acerca de la estrategia ideal para cautivar las futuras audiencias, especialmente en la radio, medio de enorme penetración, credibilidad e influencia durante la segunda mitad del siglo XX pero que en la actualidad ha perdido terreno, especialmente entre los aficionados jóvenes.

Finalmente, es necesario extender el discurso del temario periodístico deportivo, con el fin de garantizar la inclusión de asuntos de carácter científico, social, político, económico y cultural, que propicien la adecuada interpretación de los hechos y la correcta orientación del público.

Bibliografía

- ARAÚJO VÉLEZ, Fernando. 1995. *Pena máxima: juicio al fútbol colombiano*. Bogotá: Planeta.
- ALCOBA LÓPEZ, Antonio. 1993. *Cómo hacer periodismo deportivo*. Madrid: Editorial Paraninfo.
- BIAGI, Shirley. 1999. *Impacto de los medios*, cuarta edición. México: Thomson.
- BUFALI, Andrés; BOIMVASER, Jorge; Gecchini, Daniel. 1994. *El libro negro de los mundiales de fútbol*. Buenos Aires: Planeta.
- CASTAÑÓN RODRÍGUEZ, Jesús. "El español en la prensa deportiva". Ponencia del 16 de octubre de 1996, aula Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca, España.
- CASTAÑÓN RODRÍGUEZ, Jesús. 2005. "El juego de la violencia verbal en el fútbol". Ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional de Peñas de Fútbol, 17 de junio de 2005.
- CASTRO BOHÓRQUEZ, Roosevelt. El periodismo deportivo. ¿Una balacera lingüística? Disponible en: www.idiomaydeporte.com
- LEVINSKY, Sergio. 2002. *El deporte de informar*. Buenos Aires: Paidós.
- SEGUROLA, Santiago. 1999. *Fútbol y pasiones políticas*. Madrid: Temas de Debate.
- SIMSON, Vyv; JENNINGS, Andrew. 1992. *Los Señores de los Anillos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- VÁSQUEZ HENRÍQUEZ, Alexis. 1991. *Deporte, política y comunicación*. México: Trillas.

